



Còmics y psiquiatría: Locura. Un elogio de la diferencia

José Valenzuela y Alfredo Borés.

Barcelona: Norma editorial, 2023

ISBN: 978-679-6166-9

Juan Medrano Albeniz

El guionista José Valenzuela y el dibujante Alfredo Borés han publicado recientemente este cómic inhabitual, no narrativo, al estilo de las llamadas novelas gráficas, sino más bien divulgativo, de un género más próximo al documental, lo que se denomina un ensayo gráfico.

En esquema de la obra es inhabitual, porque a través del hilo conductor del viaje de dos personajes (los dos autores de la obra), nos conduce por sucesivas historias de personas afectas por problemas psiquiátricos, y lo hace al modo que podría hacerlo un reportaje. Y en el propio volumen (al igual que en entrevistas concedidas con motivo de la publicación del libro) los autores ofrecen más que pistas sobre el trabajoso proceso de elaboración de su obra.

Cada caso expone su problema, con las peculiaridades clínicas, funcionales y vitales que conllevan. Son especialmente afortunadas las historias (los reportajes) que ilustran el TOC y el trastorno límite explicados por personas que los presentan. Los autores siguen a los personajes, les dejan y les hacen hablar, toman nota y reproducen sus vivencias, sus temores, sus enfados (como la trivialización del concepto de TOC mediante la creciente asimilación popular

de las pequeñas y normales manías de cada cual a un problema que hace sufrir tanto y limita tanto como el TOC). El esfuerzo de los autores pretende dar a conocer la realidad de la enfermedad mental, las penas, el malestar, el sufrimiento y la incomprensión que rodean a las personas que los padecen, en un intento loable y, todo hay que decirlo, muy trabajado. La documentación que han manejado es ingente, lo que es muy encomiable porque el guionista, colaborador de JotDown, no tiene más relación con el mundo de la salud mental que haber padecido, según cuenta, una depresión al comienzo de la adolescencia, y compartir su vida con una trabajadora del sector.

Así resulta un tanto decepcionante que la descripción de las psicosis (en sentido amplio) se apoye en la experiencia de una persona autodefinida como “escuchadora de voces”, que en un tono un tanto propagandístico de su movimiento (ciertamente nada novedoso) termina sugiriendo que la experiencia alucinatoria es una especie de forma alternativa y original de sentir y estar en el mundo, con un cierto componente cool, lo que se aleja dramáticamente de la realidad de las formas más graves y limitantes de los trastornos mentales graves y no los banaliza menos que los chistecitos y ocurrencias sobre el TOC.



Mención aparte merece el guía de los autores en su viaje por la enfermedad mental. Representado como un Virgilio que determina el rumbo de la barca que con resonancias a La Eneida los conduce a diferentes personas, se trata de un psiquiatra real, que ejerce en la sanidad pública y que al igual que los pacientes descritos ha ayudado a los autores a elaborar su obra. Es, por cierto, un profesional que no autorizó a que se le nombrase ni identificase en el libro, según revela el guionista, por un cierto temor a represalias. Se le representa como crítico con la profesión y desencantado, en un cliché de lo que en algunos círculos se ha dado en llamar “psiquiatra arrepentido”, lo que, si se trata de un reportaje sobre la realidad de la enfermedad mental y su asistencia, no deja de ser una visión sesgada y, por ese motivo, parcial de la realidad. Uno sabe de muchos psiquiatras (tal vez demasiados) muy satisfechos de lo que hacen, convencidos de que rayan la perfección y con frecuencia encantados de haberse conocido.

Realmente, un retrato completo de la profesión debería haber incluido a representantes de esta vivencia grandiosa. El colofón del ensayo gráfico, además de una reivindicación de las personas afectadas, viene a ser que hay mucho por hacer, que la asistencia pública a los problemas de salud mental es escasa, que si se quiere intervenciones que vayan más allá de la botica y den tiempo al intercambio hacen falta más recursos. En fin, algo que es ya un estribillo tan conocido que hasta lo cantan sin el menor reparo ni vergüenza nuestros políticos. Un soniquete que implica una concepción de la “salud mental” que por la indefinición del término y por la insistencia en que (más o menos) todos, enfermos y personas dolientes por males cotidianos, corre el riesgo de poner el acento en el malestar más que en la enfermedad. Lo que acrecentaría la ya clásica paradoja de que nuestro tiempo y nuestras intervenciones, desde hace demasiado tiempo, terminan dedicándose con dolorosa frecuencia más a casos leves o a malestares de la vida que a problemas graves.